

miendo á Tomás contra ella, le decía, con majestad:

—Es necesario hacerme un regalo bonito por esta canción...

—¡Buena! lo tendrás, dijo Tomás.

—¿Qué?

—¿Qué quieres, tú?

—Te lo diré en la ciudad... Y si me concedes lo que te pida... ¡oh! ¡cómo voy á quererte!

—Será por el regalo... más valía que fuese desinteresadamente...

Ella le miró reposadamente, reflexionó un momento y replicó con seguridad:

—¡Desinteresadamente, es demasiado pronto!... Yo no sé mentir. ¿Para qué voy á engañarte? Te lo digo francamente, te amo por tu dinero, por tus presentes... pues aparte del dinero, los hombres no son nada. No pueden ofrecer nada más precioso que el dinero... nada que equivalga... Estoy convencida... Pero también se puede amar sin interés... Sí... ten paciencia, también podré amarte por nada... quizás... Por el momento es preciso no aborrecerme, tengo necesidad de mucho dinero, en mi oficio...

Tomás la escuchaba y temblaba al contacto de su cuerpo joven, firme y ligero.

La voz chillona, agria y mahumorada de Ivantzeff se hizo oír:

—No me gusta, no puedo comprender la belleza de este famoso canto ruso... ¿Qué tiene? ¡Aullidos de lobo hambriento, algo de salvaje! Ninguna alegría... ningún «chic»... Quejas de perro, es bestial... ningún sonido bello y vivificante... ¡Oh! si pudiérais oír lo que canta y como canta el campesino francés, ¡ah!—ó bien el italiano...

—Dispensad, Ivan Nicolaevitch... exclamaba Uchtitcheff, indignado.

—Hay que convenir en que la canción rusa es

monótona y aburrida... le falta ese brillo de la civilización... decía con melancolía el señor de las patillas, bebiendo vino á pequeños sorbos.

—En desquite se encuentra siempre un corazón que sangra, observó la dama roja, mondando una naranja.

El día declinaba. Allá en el valle, el sol desaparecía en el horizonte tras una foresta lejana. Colóralos árboles de un tinte rojizo y reflejaba en el agua negra manchas rosas y doradas. Tomás contemplaba este cuadro y admiraba el juego de los rayos de luz; seguía sus cambiantes indecisos en la superficie tranquila y desierta de las aguas, mientras que á su oído llegaban trozos de conversación, semejantes al vuelo de mariposas de noche. Con la cabeza apoyada en el hombro de su amante, Sacha murmuraba palabras que encendían su sangre joven, haciéndole enrojecer y apoderándose de él el deseo furioso de cogerla en sus brazos y besarla en plenos labios.

Ninguno de los circunstantes le interesaba, excepto ella... Ivantzeff y su amigo le disgustaban indudablemente.

—¿Qué tienes tú que ver aquí? resonó la voz de Uchtitcheff.

Uchtitcheff interpelaba al campesino. Éste se quitó la gorra y se golpeó en la rodilla. Respondió sonriendo:

—Me he aproximado para oír mejor á la señora.

—¿Canta bien?

—Eso no se pregunta siquiera, dijo el campesino, que fijó en Sacha su mirada llena de admiración.

—¡Eso es! exclamó Uchtitcheff.

—¡Ellas tienen una gran fuerza en el pecho! dijo el campesino moviendo la cabeza.

Sus palabras hicieron reír á las mujeres y pro-

vocaron frasecillas de doble sentido en los hombres.

Sacha escuchaba tranquilamente y sin dignarse responder, preguntó al campesino:

—¿Cantas tú?

—A nuestra manera.

—¿Qué canciones conoces?

—De todas clases... Me gusta cantar...

Sonrió con aire de hombre cogido en falta.

—Cantemos los dos.

—¿Cómo? Yo no soy vuestro igual.

—¡Vamos, da el tono!

—¿Puedo sentarme?

—Siéntate á la mesa... próxima...

—¡Qué cosa más divertida! exclamó Ivantzeff, con una mueca.

—Si se aburre V., arrójese al río, replicó Sacha con una mala mirada.

—¡Gracias está demasiado frío! respondió Ivantzeff, visiblemente incomodado.

—¡Cómo V. gustel dijo ella alzando los hombros. El instante es buenísimo: el agua abunda precisamente en este momento y no la echaría toda á perder con esa podredumbre de cuerpo...

—¡Bah! ¡qué broma de más mal gusto! gruñó el joven volviéndola la espalda.

Y dijo con desprecio:

—En Rusia, aun las *cocottes* son groseras...

Se dirigía á su vecino, pero no obtuvo por toda respuesta sino una sonrisa de bestia borracha. Uchtitcheff estaba igualmente borracho. Miraba á su amiga con ojos turbados, tartamudeaba palabras ininteligibles y no comprendía nada.

La mujer de cabeza de pájaro picoteaba bombones, metiendo la nariz en la caja. Paulina estaba en el lado opuesto de la balsa y arrojaba cortezas de naranja al agua.

—Nunca tomé parte en un paseo tan estúpido y

en semejante compañía, decía Ivantzeff á su vecino.

Tomás le miraba con gesto burlón; estaba encantado de que este buen hombre melindroso y feo se aburriese y que Sacha lo hubiese molestado. Contemplaba á su amiga con ternura y satisfacción. Se complacía en verla hablar á todos tan sencillamente y mostrar la misma altivez de una gran dama.

El campesino se había instalado á los pies de Sacha. Las manos puestas en las rodillas, la consideraba y la escuchaba religiosamente.

—Tú subes la voz cuando yo la baje... ¿comprendes?

—¡Comprendo... sólo que, señora, deberíais ofrecerme una copa para darme valor!

—¡Tomás, dale de beber!

Cuando el campesino hubo tragado un vaso de vino, hubo tosido y se hubo secado los labios, dijo:

—Ande, ya estoy dispuesto...

Entonces Sacha ordenó frunciendo el ceño.

—Empieza...

El campesino torció la boca, elevó los ojos hacia ella y entonó con voz de tenor:

¡Ay de mí ya ni puedo beber, ni puedo tragar...

Sacudida por un temblor de la cabeza á los pies, la mujer sollozó y continuó con acento de tristeza aguda:

Es mi alma quien rechaza tu vino...

El campesino movió dulcemente la cabeza de derecha á izquierda; con los ojos medio cerrados, una sonrisa extática en los labios, lanzó toda una gama de notas altas.

¡Ay de mí! llegó la hora de todo abandonar...

Y la mujer lloró y gimió. Se retorció y respondió en un sollozo:

Abandonar á todos; este es el destino...

Y el campesino, en un tono más bajo, con un balanceo rítmico de todo el cuerpo, una fuerza de expresión extraordinaria, sorprendente de angustia, continuó:

Y á un país extraño debo marchar...

Cuando las dos voces, confundiendo sus lloros y sus gemidos, se elevaron en la paz y la frescura de la noche, todo pareció más bello y más dulce. Parecía que la naturaleza entera se hubiese impregnado de lástima y sonriese al dolor de aquel hombre que una fuerza fatal arrancaba del nido familiar para hacerle pasto de humillaciones y duras esclavitudes. No era ni la armonía del canto ni las palabras que vibraban en el aire, sino verdaderos sollozos, y aquellas lágrimas de un corazón humano, exasperado por el sufrimiento, caían sobre la tierra como un rocío misterioso y bienhechor.

Una angustia infinita, todos los dolores que puede ser capaz de soportar un sér humano en la lucha con las fuerzas implacables de la naturaleza, anonadado bajo el peso férreo de la necesidad, todo se encontraba en las palabras sencillas de la canción, en las notas infinitamente tristes que volaban al cielo, lejano é inmutable, sordo á toda emoción y que ningún eco llegará nunca á despertar.

Tomás se había alejado algo de los cantadores y los consideraba con un sentimiento vecino al terror. Su canción penetraba en su pecho como una lengua de fuego, y la desesperación sin límites de que estaba poseído le oprimía el corazón hasta el extremo de producirle un dolor físico. Los ojos se le lle-

naban de lágrimas, su garganta se contraía y una agitación nerviosa ponían en tensión los músculos de su rostro. Miraba los ojos negros de Sacha, inmóviles, animados de un brillo sombrío, y aquellos ojos desmesurados parecíanle agrandarse á cada momento. Le parecía también que no eran dos personas las que cantaban, sino que la naturaleza entera cantaba y sollozaba, vibraba y se retorció en los espasmos del dolor, lanzándose á ciegas hacia un fin desconocido, esparciendo lágrimas ardientes y que todo cuanto hay de vivo se había unido en un estrecho abrazo común de desesperación. Y él también cantaba en este coro lamentable, cantaba con la humanidad entera, con el agua del río, con los bosques lejanos, de donde llegaban suspiros lejanos mezclando su vago murmullo al eco de la canción.

Pero he aquí que el campesino se ha arrodillado delante de Sacha. La mira y levanta los brazos. Ella está inclinada hacia él y su cabeza se balancea con movimiento cadencioso. Los dos cantan ahora sin hablar, y Tomás no puede creer que de aquellos pechos salgan los sonidos potentes, hechos de gemidos, que llenan el éter...

Cuando hubieron concluido de cantar, los contempló, temblando de emoción, el rostro bañado en lágrimas, una sonrisa errante en los labios.

—¿Te ha emocionado eso? le preguntó Sacha.

Desfallecida, vacilante, estaba blanca y respiraba difícilmente. Tomás miró al campesino. Se secaba la frente y paseaba á su alrededor miradas inconscientes, como si no hubiese podido comprender lo que acababa de sucederle.

Alrededor de ellos todo era calma. La asistencia continuaba inmóvil y en silencio.

—¡Ah! ¡Dios mío! suspiró Tomás levantándose bruscamente. ¡Eh! ¡Sacha! Campesino, ¿quién eres? dijo con voz casi amenazadora.

—Soy Esteban, respondió el campesino, con una sonrisa forzada, levantándose al mismo tiempo; ya lo creo, soy Esteban.

—¡Qué bien cantas! ¡ah! exclamó Tomás con admiración.

—¡Eh! ¡Excelencia! suspiró el campesino.

Y añadió con tono convencido y muy quedo:

—La desgracia daría al buey una voz de ruiseñor... Pero ¿en qué consiste que esta señora canta así?... ¡Sólo Dios lo sabe!... Canta con todas sus fibras... de buena gana se estiraría uno y moriría de tristeza. ¡Ah! ¡Qué señora!

—¡Está muy bien cantado! resonó la voz aguardentosa de Uchtitcheff.

—¡No, que os lleve al diablo, esto es horrible! exclamó Ivantzeff, la voz ahogada por las lágrimas y levantándose bruscamente de la mesa. He venido aquí para divertirme, quiero distraerme y se me fuerza á escuchar canciones de cementerio. ¡Es inconcebible! No quiero más. Me voy.

—¡Juan! yo también me voy... Me aburro, declaró el señor de las patillas.

—¡Vassa! gritó Ivantzeff llamando á su amiga. Prepárate.

—Ya es hora de partir, dijo flemáticamente la mujer roja de Uchtitcheff. Hace fresco y la noche viene...

—Esteban, recógelo todo, ordenó Vassa.

Tomás se agitaba, se pusieron á conversar. Tomás les miraba perplejo y temblando aún. Las gentes iban y venían sobre las balsas, vacilantes, pálidas, cansadas; cambiaban frases, sin ilación, desnudas de sentido. Sacha los empujaba sin ceremonia, al ir recogiendo sus abrigos.

—¡Esteban! haz avanzar los coches...

—Yo... tomaría bien, aun, un poco de cognac... ¿Quién quiere tomar cognac conmigo? decía el se-

ñor de las pastillas, con voz aguardentosa, teniendo una botella entre las manos.

Vassa envolvía el cuello de Ivantzeff con una bufanda. El estaba de pie delante de ella, con semblante descontento, crispado y sus pantorrillas temblaban. Su vista inspiró repugnancia á Tomás, que se alejó y pasó á otra balsa. Estaba estupefacto viendo que la canción no había producido efecto en todas aquellas gentes... Vibraba en su alma y despertaba un deseo inquieto de moverse y de hablar. Pero no encontraba á quien dirigirse.

El sol se había puesto y una bruma azul ocultaba el horizonte. Tomás miró y dió media vuelta. No tenía el más mínimo deseo de entrar en la ciudad con aquellas gentes y menos de quedar en su compañía. Continuaban todos moviéndose en la balsa, arrastrando sus pasos indecisos y murmurando palabras incoherentes.

Las mujeres estaban menos borrachas que los hombres; sólo la roja no podía conseguir ponerse derecha; por fin se levantó y dijo:

—¡Dios mío! ¡qué borracha estoy!

Tomás se sentó en un madero, recogía el hacha que había servido al campesino para cortar leña y se puso á jugar distraídamente con ella.

—¡Dios! ¡qué insípido es todo esto! resonó la voz agria de Ivantzeff.

Tomás se apercibió en este momento, que le detestaba... á él y los demás á excepción de Sacha que le produjo una impresión extraña, en la que dominaba el temor de verla entregarse á algun acto extravagante y terrible.

—¡Bruto! gritó Ivantzeff con voz aguda.

Y Tomás le vió empujar al campesino, que se quitaba humildemente la gorra y se alejaba.

—¡Imbécil! continuó Ivantzeff al tiempo que, con la mano levantada, perseguía al pobre diablo,

Tomás de un salto, llegó á él y con la voz impregnada de amenazas:

—¡Eh, tu! ¡no le toques! exclamó.

—¿Cómo? gruñó Ivantzeff volviéndose á él.

—¡Esteban, ven aquí! dijo Tomás.

—¡Campesino! dijo Ivantzeff mirando de arriba á abajo con desprecio, á Tomás.

Este alzó los hombros y dió un paso hacia Ivantzeff. De repente una idea atravesó por su imaginación. Sonrió maliciosamente y preguntó, muy quedo, á Esteban:

—¿La balsa está amarrada por tres sitios?

—Por tres, seguramente.

—Corta las amarras...

—¿Y ellos?...

—¡Calla! corta...

—¡Pero!...

—Corta, te digo... y dulcemente, que no se aperciban.

El campesino armado del hacha se aproximó sin hacer ruido parte donde las dos balsas están sujetas una á otra, dió varios hachazos y se volvió hacia Tomás.

—Vuestra Gracia sabe que no soy responsable.

—No temas nada...

—¡Ya se precipitan! murmuró el campesino con terror, y se persignó á toda prisa.

Tomás miraba, reía muy bajo y experimentaba una sensación aguda mezcla de terror y de voluptuosidad.

Las personas de la balsa continuaban moviéndose con lentitud. Se atropellaban los unos á los otros; los hombres ayudaban á las mujeres á ponerse sus abrigos; todos charlaban y reían, en tanto que la balsa se deslizaba con hipocresía en el agua.

—Si se inclinan hacia la fila de las barcazas, murmuraba el campesino, tropezarán en las cadenas y se destrozarán.

—Cállate...

—Se ahogarán seguramente.

—Tomarás una barca para pescarlos.

—¡A buena hora! ¡me gusta!... además, no está bien. Después de todo son hombres. Hay también que responder de ellos...

El campesino se dirigió apresuradamente hacia la orilla saltando de una en otra balsa.

Tomás seguía inmóvil y tenía deseos de gritar, decir algo á sus compañeros, pero otro deseo le retenía, el de verles alejarse primero. Temía que pudiesen saltar sobre las balsas amarradas. Al ver el ligero esquife balancearse lentamente sobre el agua y alejarse de él á cada momento, experimentaba un sentimiento delicioso.

Aquellas gentes llevaban consigo el peso que le oprimiera á todas horas. Aspiraba con delicia el aire fresco de la noche y su cabeza se despejaba de los vapores que la aturdíán. En el borde de la balsa que se deslizaba, vuelta de espaldas, iba Sacha; miraba su graciosa cintura y pensaba involuntariamente en la Medinskaia. La otra era más menuda. Este recuerdo le entró como una flecha en el corazón y gritó con voz fuerte y burlona:

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Adiós! ¡ja, ja, ja!

Las siluetas oscuras se arremolinaron de repente y se volvieron con un movimiento uniforme.

Pere ya entre ella y Tomás un espacio de más de dos metros de agua brillaba con reflejo metálico. Varios segundos trascurrieron en un silencio de muerte.

Después, repentinamente, fué como una tempestad de sonidos, donde las voces se desgañitaban, llenas de un terror animal, de quejas horribles. Más fina y más temblorosa que las demás la voz de Ivantzeff se destacaba en este concierto desgarrando los oídos de Tomás.

—¡Socorro!...

Alguno, tal vez el señor de las pastillas, gritaba con voz de bajo:

—¡Que nos ahogamos!... hombres... aquí...

—¿Es que sólo hay hombres ahí? aulló Tomás con rabia, molesto por aquellos gritos que le hacían el efecto de mordeduras.

Los pasajeros de la balsa corrían en este momento de un lado á otro, enloquecidos de terror. Los movimientos que imprimían á la balsa aumentaba la velocidad; el agua rodeándola por todas partes chocaba contra las tablas. Los gritos desgarraban el aire; todos se arremolinaban, agitando sus brazos mientras que sola la silueta de Sacha permanecía inmóvil y en silencio.

—¡Saludad en mi nombre á los cangrejos! les gritaba Tomás.

Se sentía cada vez más alegre y su corazón estaba más ligero á medida que la balsa se alejaba más y más.

—¡Tomás Ignatitch! gritó Uchtitcheff, con voz insegura, pero donde toda traza de borrachera habla desaparecido, tened cuidado; este es un juego peligroso, daré queja...

—¿Cuando estés ahogado? Quéjate, replicó Tomás sin prestar atención.

—¡Eres un asesino! gimió Ivantzeff en un sollozo.

Pero en este momento un remolino de agua chocó con ruido sonoro, semejante á un grito de sorpresa y de espanto. Tomás tembló y se detuvo petrificado. Las mujeres exhalaban gritos salvajes y los hombres, enloquecidos, exclamaciones llenas de terror. Todas las siluetas de la balsa se inmovilizaron. Tomás, también con la mirada fija en el agua, se sentía incapaz de hacer un movimiento. En una embestida de pequeñas ondas avanzaba á nada un bulto negro...

Instintivamente, más que por un movimiento me-

ditado, Tomás se echó á la larga sobre el suelo de la balsa y extendió los dos brazos, avanzando la cabeza por encima del agua. Algunos segundos pasaron que le parecieron horriblemente largos. Dos brazos helados y mojados se enlazaron al rededor de su cuello y entrevió el brillo de dos ojos negros... Entonces comprendió que era Sacha...

Al terror ciego que le había invadido, sucedió una alegría desbordante. Cogió á Sacha por la cintura, la arrancó así de la muerte y estrechándola contra sí, se puso á mirarla en los ojos, entontecido, sin encontrar una frase. Ella le sonreía con amor... Al cabo de un instante, experimentó una sacudida y dijo dulcemente:

—¡Tengo frío!...

Al oír su voz, Tomás tuvo una risa alegre. La levantó con facilidad y se precipitó á lo largo de la balsa en dirección de la orilla. Ella estaba completamente calada y fría como un pescado, pero su aliento era cálido; quemaba la mejilla de Tomás y le embargaba el corazón de una alegría enloquecedora.

—¿Querías ahogarme? decía ella estrechándose contra él. Aun no es hora .. espera...

—¡Qué bien has hecho! balbuceaba Tomás, corriendo. ¡Bravo!

—¡Pues bien! Y tu tampoco has imaginado mala cosa... á pesar de que tu semblante sea tan tranquilo...

—¿Y los demás? ¿Siguen aullando? ¡ja, ja, ja!

—¡Que el diablo los lleve!... Si se ahogan, iremos á Siberia, replicó Sacha, como si aquellas palabras hubiesen debido consolarle y darle bríos.

Se estremeció, y este estremecimiento de todo su cuerpo, transmitiéndose á Tomás, le hizo correr aun más de prisa.

El río les enviaba el eco de los gritos, de las que-

jas, de las plegarias. Allá abajo, en la obscuridad, el agua indiferente llevaba hacia el centro de la corriente y alejaba de la orilla un islote sobre el cual formas humanas se agitaban desesperadamente.

La noche las envolvía...

IX

Un domingo, por la tarde, Maiakín estaba en su jardín y tomaba el té conversando con su hija. Sentado á la sombra de un cerezo, desabrochado el cuello de la camisa y con una toalla liada alrededor del cuello, gesticulaba y charlaba sin cesar.

—¡El que se hace esclavo de su vientre es un imbecil y un miserable! ¿Es acaso que la vida no nos ofrece otra cosa mejor que comer y beber? ¿Y de que podrías vanagloriarte si no eres algo más que un cerdo?

El viejo tenía los ojos brillantes de cólera y de emoción, sus labios se plegaban desdefiosamente y las arrugas de su rostro atezado se hacían más numerosas.

—Si Tomás fuese mi hijo, desde chiquito le hubiera corregido.

Liubov escuchaba en silencio, jugando con una rama de acacia y la mirada fija con respeto en el rostro de su padre. A medida que avanzaba en edad, cambiaba insensiblemente sus maneras retraídas y desconfiadas con respecto al viejo. Encontraba en las palabras de su padre las ideas contenidas en sus libros, y esto la seducía, haciéndola preferir su conversación llena de imágenes á las frías doctrinas impresas.

Siempre negociando, siempre despierto é inteligente, seguía solo su ruta. Ella comprendía su soledad, sabía por experiencia cuán penosa era esta y sus modales se suavizaban en consecuencia. A ve-

ces discutía con él recibiendo contestaciones acerbadas é irónicas, pero, á pesar de ello, cada vez con un poco mayor abandono.

—¡Si el difunto Ignat hubiese leído este artículo del periódico, donde vienen las locuras de su hijo!... ¡le habría dado una paliza á Tomás! decía Maiakín dando un puñetazo formidable sobre la mesa. ¡Se le ha dado un repaso! ¡Qué vergüenza!

—No ha robado dijo Liuba.

—¡Yo no digo que esto sea injusto! Le han reven-tado con mano maestra... Quisiera saber quién ha escrito este artículo.

—¿Y qué puede importaros eso? preguntó la joven.

—¡Oh! por curiosidad... Este animal se ha burlado lindamente de la conducta de Tomás... Se adivina fácilmente que era de la fiesta y que ha asistido á todas sus locuras...

—¡Pse! ¡no querrá comprometerse con Tomás! declaró la joven.

Y en aquel momento enrojció bajo la mirada escrutadora del padre.

—¡Ja, ja! Tienes lindas relaciones, Liovba, exclamó Maikín con tono mordaz de ironía. ¿Vamos á ver, quién lo ha escrito?

—¿Para qué quiere saberlo, papá?

—¡Dilo!

Hubiera preferido callarse, pero como su padre insistiese y su voz tomase un acento duro é iracundo, ella preguntó inquieta:

—¿No le hará nada?

—¿Yo?... ¡yo le... marcaría la cabeza! ¡Tonta! ¿Qué puedo hacerle? Estos escritores no son tontos tampoco y además tienen una fuerza... ¡una fuerza de los diablos! No soy el gobernador y tampoco el gobernador puede hacer cortar la mano ni arrancar la lengua... Son como los ratones, nos roen suavemente y para envenenarles es necesario servirse

de rublos en vez de azufre. ¡Ea... vamos! ¿quién es?

—¿Se acuerda de cuando yo iba á la escuela de un muchacho llamado Ejóff que venía aquí... un chico moreno?...

—¡Hum!... ¡Ciertamente que le he visto! ¡ya sé!... ¿Es él?

—El es.

—¡Pícaro! Ya se veía que nada saldría de famoso, de semejante pillete... Debería haberme ocupado de él; hoy sería quizás un hombre...

Liubov tuvo una sonrisa mal velada y preguntó á su padre con desenfado:

—El que escribe en los periódicos ¿no es un hombre?

El viejo permaneció mucho rato sin responderle, dando en la mesa con los nudillos, absorto y examinando su rostro que se reflejaba en la tetera de cobre brillante. Después levantó la cabeza, guiñó los ojos y replicó con énfasis:

—¡No son hombres, son postemas! ¡La sangre de los hombres rusos se ha corrompido! se ha corrompido y se ha echado á perder y esta mala sangre produce todas esas gentes de letras, periodistas, fariseos feroces... Postemas han surgido en todas partes y siguen aún... ¿De dónde proviene la corrupción de sangre? De una circulación demasiado lenta... ¿Los mosquitos, por ejemplo, de dónde salen? De los lodazales... El agua estancada engendra toda clase de podredumbres y una vida mal organizada, igualmente...

—¡No se trata de eso, papá! dijo Liuba dulcemente.

—¿Pues de qué, entonces?

—Los escritores son la gente más desinteresada, son criaturas estimadísimas. ¡No quieren nada más que la justicia, que la verdad! No son mosquitos...

Liuba se agitaba, haciendo el elogio de gentes que le eran tan gratas: sus mejillas estaban sonro-

sadas y sus ojos tan elocuentes, mirando á su padre, que parecía querer imponerle así su convicción, sintiendo la impotencia de sus palabras.

—¡Eh, tú! suspiró el vieja interrumpiéndola, tú has leído demasiado, ¡te has envenenado! Dime más exactamente lo que son esas gentes. Nadie lo sabe. Ejóff, por ejemplo, ¿quién es?... No buscan más que la verdad, dices... ¡qué modestial!... pero si la verdad es lo que hay máspreciado en el mundo. Quizás por eso cada cual la busca en silencio. Créeme, el hombre no puede ser desinteresado... no dejará que lo aspen por el bien del prójimo, y si lo hace, es un imbécil... y nadie se aprovechará de ello. El hombre debe defender su fortuna, la fortuna suya, y entonces cumplirá, ¡así es!... ¡La verdad! He aquí cuarenta años que leo el mismo periódico y veo muy bien... Mira, tu rostro reflejándose en la tetera, está completamente desfigurado. Y á pesar de todo, eres tú. Así son los periódicos. Presentan siempre el rostro de la tetera y no es verdad... Tú lo crees... Mientras que yo sé que mi rostro aparece deformado en la tetera. No se puede decir la verdadera verdad á nadie: el hombre tiene el gáznate demasiado frágil para ello... y además, ¡aun no ha sido revelada á nadie esa verdad!...

—¡Padre mío! exclamó Liubov; los libros y los periódicos defienden, sin embargo, intereses generales, los de todos los hombres.

—¿En qué periódico has leído tú que la vida te pesa y que es hora de casarte? ¡Tus intereses no los defienden pues! ¡Eh! Tampoco los míos y además... ¿quién sabe lo que yo deseo? ¿quién puede conocer mis negocios, excepto yo?

Las palabras de su padre caían sobre Liuba como las mallas de una red la envolvían, la estrechaban, y la joven no podía deshacerse de ellas, y escuchaba en silencio el discurso del viejo. Le contemplaba con una tensión en todo su sér, esperan-

do encontrar en su pensamiento el apoyo que buscaba y recordaba ciertas analogías con lo que había leído en los libros que le parecían contener la verdad.

Sólo la risa triunfal y mala de su padre le oprimía el corazón y aquellas arrugas movibles que surcaban su rostro, semejantes á culebras, le inspiraban una inquietud vaga. Sentía que apartaba los ojos de la inteligencia de algo que en sus meditaciones le apareciera sencillo y luminoso.

—¡Papá! preguntó ella repentinamente cediendo á un brusco deseo... ¡Papá! ¿qué es... según vos, Taras?

Maiakín tembló. Sus cejas se unieron, amenazantes, fijó sus ojos irritados en su hija y replicó secamente:

—¿Qué significa esta pregunta?

—¿Me está prohibido hablar de él? preguntó Liuba confusa.

—No quiero hablar de ello... Y no te lo aconsejo á tí...

El viejo tuvo un gesto de amenaza, frunció de nuevo el entrecejo y bajó la cabeza.

Pero, diciendo que no quería hablar de su hijo, hizo traición á sus palabras, pues, al cabo de un instante de silencio, continuó con cólera:

—¡Taraska! es una postema también... La vida esparce por todas partes su aliento, pero vosotros, inexpertos, no sabéis distinguir los verdaderos perfumes y aspiráis indistintamente toda clase de miasmas: por eso vuestras cabezas están tan turbadas... Por eso, es por lo que no sois capaces de nada bueno y sufrís esa impotencia... ¡Taraska!... ¡sí!... ¡puede tener ahora cuarenta años! Un presidiario, ¿mi hijo? Gran bestia que no has querido seguir los consejos de tu padre. Ha caído.

—¿Qué ha hecho? preguntó Liuba, que estaba suspensa de los labios de su padre.

—¿Acaso se sabe? Apuesto que á estas horas él mismo no lo sabe ya... si es inteligente... y debe serlo... no es hijo de un imbécil... y ha visto bastante... ¡Se contempla mucho á los nihilistas! Que me los entregasen... ¡pronto los pondría en su sitio! ¡La soledad! ¡Media vuelta y adelante hacia los países desiertos! Haced luz, señores intelectuales, sepamos como vais á organizar la vida á vuestra idea. ¡Vamos!... Y los habría puesto bajo la dependencia de robustos campesinos... ¡Y bien! señores, se os ha dado de comer y de beber, se os ha instruido, hacernos ahora conocer una muestra de vuestra sabiduría. Pagad vuestra deuda. ¡Sí! yo no habría desembolsado un céntimo por esas gentes, pero les habría hecho sudar sangre y agua... ¡pagad! Un hombre no es de desdenar, si se le mete en prisión es demasiado poco... ¿Has violado la ley y te crees el dueño? ¡Ah! ¡no! trabaja ahora. Un solo grano produce una espiga; es inadmisibile que un hombre sea perdido para el universo. El albañil diestro sabe utilizar la menor tabla: del mismo modo cada hombre debe ser empleado para el interés general, utilizado hasta la última de su sangre. En la vida cada grano de arena tiene su sitio y el hombre no es una cantidad insignificante... ¡Ay de mí! Cuando la fuerza no está secundada por la inteligencia es un triste espectáculo; pero la inteligencia sin la fuerza no vale nada tampoco. Mira, Tomás... ¿Quién es aquél viene por ahí? Ves á ver...

Liuba volvióse y percibió, avanzando hacia ella, con el sombrero en la mano, por una de las avenidas del jardín, á Efim, el capitán del *Ermak*. Su continente era el de un hombre que se siente culpable y no espera ningún perdón. Parecía completamente alterado. Jacob Tarasovitch lo reconoció en seguida y exclamó inquieto:

—¿De dónde vienes? ¿Qué sucede?

—¡Vengo en vuestra busca! dijo Efim con un profundo saludo.

Y se detuvo cerca de la mesa.

—Lo veo... Pero ¿de qué se trata? ¿Dónde está el barco?

—¡El barco está allá abajo! exclamó Efim extendiendo el brazo en sentido izquierdo.

—Pero ¿dónde? ¡qué diablo! Habla más claramente. ¿Qué ha sucedido? gritó el viejo fuera de sí.

—Voy á explicarme... una desgracia, Jacob...

—¿Se ha destrozado?

—No. Dios nos ha salvado...

—¿Quemado entonces? ¡vamos, habla pues!

Efim respiró con fuerza y dijo con lentitud:

—Se ha ido á pique la barcaza *núm. 9*, está perdida.. Un hombre tiene las caderas destrozadas... otro falta á la lista, puede ocurrir que se haya ahogado... Cinco más están heridos, pero, en fin, no mortalmente, aunque entre ellos hay quien estaba completamente inútil...

—¡Muy bien! exclamó Maiakín con los ojos locos de cólera y midiendo al capitán de la cabeza á los pies. Bien sabes, Efimochka, que te arrancaré el pellejo...

—No soy yo... replicó vivamente Efim.

—¡No eres tú! exclamó el viejo tembloroso. ¿Y quién entonces?

—El patrón mismo...

—¿Tomás? ¿Y tú, qué es lo que hacías?

—Yo estaba acostado en el entrepuente.

—¡Ah! ¡tú estabas acostado!

—Atado...

—¿Cómo? chilló el viejo con voz penetrante.

—Déjeme contar todo por orden... El patrón estaba borracho y exclamó: «¡Vete! ¡Voy á conducir el barco yo mismo!» Yo respondí: «¡No puedo! ¡Soy el capitán!»—«¡Atadle!» Entonces se me maniató y se me bajó al entrepuente. Y, como estaba borra-

cho, ha querido divertirse... Ibamos á chocar con seis barcazas vacías que remorcaba el *Thernogaretz*. Tomás se había puesto al través para interceptarles la ruta. Han silbado... más de una vez, ¡es necesario decir la verdad!

—¿Y entonces?

—Entonces nosotros nos hemos podido resistir. Las dos primeras barcazas han venido hacia nosotros, y cuando han abordado nuestro *núm. 9*, nos hemos hundido.. Ellos han sufrido también, pero nuestras averías han sido más grandes.

Maiakín se levantó y dejó escapar su risa sarcástica y cascada. Efim suspiraba y decía:

—Tiene un carácter demasiado enérgico... Cuando Tomás no ha bebido, no habla y queda meditabundo; pero cuando se le ocurre echar aceite á los resortes, se precipita sin que se le pueda detener. En estos momentos no es dueño de sí ni se ocupa de negocios, pero es su peor enemigo... ¡dispéñeme! ¡Y yo quiero irme, Jacob Tarasvitch! No estoy acostumbrado á no tener amo, no puedo vivir así...

—¡Silencio! exclamó Maiakín con voz ruda. ¿Dónde está Tomás?

—Allá... en el mismo sitio... Ha vuelto en sí en el momento del accidente y se ha enviado á buscar gente. Se va á tratar de poner á flote la barcaza, y hasta creo que ya han empezado á trabajar.

—¿Está él solo? preguntó Maiakín bajando la cabeza.

—No del todo, respondió Efim con voz baja, arrojando sobre Liuba miradas vacilantes.

—¿Y bien?

—Hay una dama... muy morena...

—¡Bueno!...

—Una mujer que no parecía estar muy cuerda, continuó Efim con un suspiro. Canta á todas horas... canta rudamente.. muy bien... un encanto...

—¡No te pregunto detalles sobre ella! le gritó Maiakín con furor.

Las arrugas de su frente se plegaron dolorosamente, y Liuba creyó un instante que su padre iba á llorar.

—Calmaos, papá, suplicó ella tiernamente. ¿Las personas no son quizás muy importantes?

—¿No importantes? gritó Jacob Tarasovitch furioso. ¿Qué sabes tú de eso, tontita? ¿Se ha destrozado un barco? ¿Entiendes? ¡Es el hombre quien está perdido! ¡Ese es el asunto! y este hombre me es útil, ¿lo entendéis, brutos sin cerebro?

El viejo sacudió la cabeza con furor y se dirigió á grandes pasos hacia la casa.

Mientras que esta escena pasaba en casa de Maiakín, Tomás se encontraba bastante lejos de su padrino, en una cabaña de campesinos á orillas del Volga. Acababa de despertarse acostado en una cama de avena fresca sobre el suelo, y seguía con mirada perezosa á través de las ventanas, los jirones de nubes grises y pesadas. El viento las amontonaba y las echaba del cielo. Pasaban espesas y negras, cargadas de pesadez, semejante á un rebaño de animales, corriendo unas más que otras, reuniéndose en una sola masa compacta, después se separaban de nuevo y bajaban hasta la tierra, deslizándose mudas para volver á subir al cielo, volverse á unir y soldarse en una masa compacta.

Con la cabeza pesada por los vapores del vino, Tomás quedó inmóvil largas horas, absorto en la contemplación de esta agitación incesante y le pareció al fin que estas nubes se infiltraban hasta lo más profundo de su sér en una bocanada fétida y helada. Su movimiento incierto hacía nacer una impresión de impotencia y de temor, los sentía espontáneamente en el fondo de su corazón: tuvo la visión neta de toda su vida durante estos últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua

turbia. Sombras vagas parecidas á las nubes le cogían y le hacían rodar en el espacio... en medio del éter y de la obscuridad, surgiendo siluetas confusas de individuos; nunca los mismos; los de hoy no son los de ayer... pero todos son igualmente innobles y entristecedores. Borrachos riendo á carcajadas, y ávidos, le rodeaban como hojas que el huracán levanta, burlándose de él, injuriándole, pegándole, gritando á llorando al mismo tiempo. El también les pegaba. Se acuerda de haber pegado un día á alguno en el rostro, de haberle arrancado su levita y de haberle arrojado al agua, y cree aún sentir en sus manos labios fríos, viscosos, repugnantes como de rana.. besándole las manos y suplicándole que no la mate. Su memoria evoca rostros, sonidos de voces... Una mujer desgrrapada, con coetillo amarillo, canta con voz fuerte que resuena como un sollozo:

¡Vivamos así, el mayor tiempo posible
Y que después todo sea pulverizado!

...Todas aquellas gentes van, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como pajuelas, enloquecidos y embrutecidos... y sin osar mirar adelante para ver á dónde les lleva la ola furiosa. Ahogan su terror en el vino, siguen la corriente, se empujan, gritan, se insultan, se hastían de orgía, sin llegar á encontrar la calma ni el placer. Y él había sido su compañero, había obrado como ellos... Y ahora se decía que había obrado así por temor á él mismo, para pasar vertiginosamente esta etapa de su vida, ó quizás también para evitar pensar en el porvenir...

En este medio en que el apetito de orgía, las pasiones brutales y el escándalo cegaba, en que se buscaba ardientemente el olvido en el desorden, Sacha sola permanecía permanecía siempre en cal-

ma é igual. Jamás se emborrachaba, hablaba siempre con el mismo diapasón firme y autoritario, y se mantenía aparte de esa agitación, guardando la misma medida en sus gestos, como si hubiese sido la instigadora de esta locura tumultuosa y que la hubiese gobernado á su gusto. Tomás la encontraba más inteligente que todos, pero también la más ávida de ruido y de orgías. Ella dirigía todo, hablaba á todos del mismo modo, así á los cocheros, á los criados, á los marineros como á sus amigas ó á Tomás. Era más bella y más hermosa que Pelagia, pero sus caricias eran frías. Pensaba que en el fondo de su corazón, esta mujer ocultaba cuidadosamente un secreto odioso y que jamás se abandonaría por completo á ella misma. La potencia cautivante de sus encantos era aún mayor, y una curiosidad ardiente é inquieta se unía al misterio de su alma fría y sombría cual sus ojos.

Y Tomás recordó haberla dicho un día:

—¡Cuánto dinero hemos tirado ambos!

Ella le miró vivamente y replicó:

—¿Para que guardarle?

—Verdaderamente... ¿para qué guardarle? se dijo Tomás, estupefacto de una respuesta tan lógica.

Otro día había querido preguntarle algo sobre ella.

—¿Quién eres?

—¿Has olvidado mi nombre?

—¡Bromista!

—¿Entonces?

—Es tu origen lo que me interesa...

—¡Ah! pues bien... soy del departamento de Iaroslav, de Uglitch, burguesa... arpista. ¿Soy más para tí ahora que sabes todo esto?

—¿Qué es lo que sé? preguntó con sorna Tomás.

—¿No te basta?... Pues no sabrás más... ¿Para qué?... Todos hemos nacido del mismo modo... hom-

bres y bestias.—Aparte de esto que puede decirse de sí mismo... ¿y con qué objeto? Estas conversaciones son inútiles. Pensemos más bien como nos vamos á divertir hoy.

Ese día habían dado un paseo en barco con una orquesta de músicos, bebido champafia, y se habían emborrachado abominablemente.

Sacha les cantó una melodía extraña de punzante tristeza que hizo llorar á Tomás como un niño. En seguida bailaron la danza rusa, después de la cual, cansado y empapado de sudor, Tomás se arrojó al agua todo vestido. Faltó poco para que se hubiera ahogado.

Este recuerdo avergonzaba á Tomás, y concibió ira por Sacha. Mirando sus formas graciosas y ligeras, modeladas por el vestido, pensaba que aquella mujer no era indispensable á su vida y que no la amaba.

En su cabeza, aturdida aún por la borrachera de la víspera, pasaban ideas sombrías y sin hilación.

Su vida transcurrida, parecía haber tomado la forma de una especie de masa espesa y viscosa que rodaba en su pecho y de donde partían hilos finos y grises que se enmarañaban.

—¿Qué me sucede? se preguntaba. Llevo una vida desordenada, ¿y por qué? No sé vivir... No me comprendo... ¿Qué soy?

Esta cuestión le interesó á tal extremo que reflexionó largo tiempo ensayando saber la razón por la que no podía llevar una existencia tranquila y regular como todo el mundo. Pero este pensamiento le agitó y le atormentó más aún; se resolvió en su lecho y dió un codazo á Sacha.

—¡Qué dulzura! exclamó ella entresueños.

—¡Bueno!... no eres ninguna gran señora.

—¿Qué tienes?

—Nada...

Ella le volvió la espalda, bostezó voluptuosamente y se puso á hablar con lentitud.

—Soñaba que me había vuelto otra vez arpista. Cantaba un solo... Un perro enorme negro salpicado de lodo, sentado delante de mí, mostró los dientes y esperó que concluyese. Tenía miedo, porque sabía que tan pronto concluyese, el perro me devoraría... cantaba... cantaba y de repente la voz me faltó... ¡Oh! ¡horror! El perro hizo rechinar sus mandíbulas... ¡Dios santo! algún presagio...

Tomás, sombrío, la interrumpió:

—No charles tanto, dime más bien lo que sepas de mí.

—Sé, y eso es todo, que te has despertado, respondió ella sin volverse.

—¿Despertado? Exactamente... me he despertado, replicó Tomás pensativo.

Después levantó los brazos por encima de su cabeza y continuó:

—Por eso te pregunto tu opinión: ¿qué clase de hombre soy yo?

—Apenas desembragado, respondió Sacha bostezando.

—¡Alejandra! suplicó Tomás, no bromees; dí en conciencia lo que piensas de mí...

—¡No piense nada! dijo ella secamente. Me aburre con tus tonterías.

—¿Esto son tonterías? exclamó Tomás desolado. ¡Qué diablo! es lo principal... lo demás qué me importa.

Y exhaló un profundo suspiro y se calló.

..Ráfagas de viento pasaban por el río, levantando enormes ondas de tinte amarillento é irritado se lanzaba á la tempestad, arrastrando sus aguas tumultuosas cubiertas de una espuma rabiosa. Las plantas acuáticas se inclinaban hacia la tierra co-

mo si buscasen un abrigo contra los golpes repetidos del elemento desencadenado. Los silbidos é mugido cavernoso de la tempestad y un rumor intenso parecido á un gran lamento exhalado por millares de individuos, llenaban la atmósfera.

—¡Ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡his!...

Llamada, á la vez, breve cual una descarga de metralla y pesada cual la respiración de un pecho gigantesco vacilante bajo el esfuerzo, se extendía sobre el río, bajaba sobre las olas á los que excitaba en su lucha contra el viento, precipitándose exasperadas hacia las orillas.

Barcos vacíos, anclados, al lado de la escarpada orilla, se balanceaban lentamente y los altos mástiles trazaban con sus puntas inquietas invisibles dibujos en el cielo. Los dos puentes estaban llenos de andamiajes, de gruesos maderos oscuros, de inmensas poleas de las que colgaban cuerdas y cadenas que rechinaban débilmente.

Una fila de campesinos con camisas rojas y azules arrastraban un largo poste y gemían cadenciosamente:

—¡Ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡his!

Por todas partes se veían grupos de hombres rojos ó azules, agarrados á gruesos maderos. El viento inflaba sus blusas y sus calzones les daban formas imprevistas, haciéndoles ya jorobados, ya redondos é hinchados como pellejos.

En los andamios y en los puentes, obreros aserraban, clavaban, destrozaban ó reconstruían. Una multitud de brazos desnudos hasta el codo se agitaban, torbellinos de virutas saltaban por encima de ellos. De aquella actividad subía un rumor agitado y brutal. Los dientes de las sierras profundizaban hasta el corazón de la madera con una especie de rabia gozosa; los potros crujían y se quejaban heridos por el hacha; las tablas gemían bajo los golpes que las cersaban; una garlopa, con feo

silbido placentero, quitaba al madero ráfagas de fibra viva. Y el viento, expulsando las nubes delante de sí, con aullidos, llevaba consigo los rumores de herramientas, el rechinar de las poleas, confundidos con el festín de las ondas y las diseminaba á lo lejos.

—¡Michka! echadme el resto, gritaba una voz sonora desde lo alto del andamiaje.

Un enorme campesino, echando atrás la cabeza para ver mejor, respondía:

—¿Que-e?

El viento jugaba con su larga barba roja y se la plantaba en pleno rostro.

—¡Echa el resto!

Otra voz potente gritaba por el porta-voz:

—¡Especie de memo! ¿cómo has atado las tablas? ¿Estabas ciego?

Tomás, ligero y hermoso, vestido con una chaqueta negra y con botas del país, estaba al pie de un mástil y con mano distraída acariciaba su barba, admirando la actividad alegre de los campesinos.

Aquel ruido, rodeándole, le producía ganas de gritar, de mezclarse con aquellos hombres, de cortar maderas, de cargarse como ellos, de ordenarles. Habría deseado atraer su atención y desplegar ante ellos su actividad, su manejo, su vigor; pero permanecía inmóvil, en silencio.

Un doble sentimiento de respeto humano y de timidez le retenía. Se retraía por su posición. Era el amo. Aquellos hombres podrían no creer que en realidad fuese dichoso trabajando como ellos, y no quería que pudiesen sospechar que trataba de activarles estimulándoles por el ejemplo. ¿Quién sabe si así mismo se reirían de él?

Un rapaz de pelo rojo y ensortijado, con el cuello de la camisa desabrochado, pasaba repetidas veces delante de él, ya cargado con una tabla, ya

con un hacha. Saltaba como un cabrito, con risa inconsciente y alegre, daba bromas, soltaba palabrotas y trabajaba con ardor, ayudando á unos y á otros, corriendo con rapidez y destreza sobre el puente, todo lleno de maderos y herramientas. Tomás seguía con atención persistente á este muchacho que esparcía á su alrededor tal profusión de vida y tan sana y tan reconfortante animación. Le daba envidia.

«Este debe ser un hombre dichoso», se decía.

Y tras este pensamiento se deslizó en un instinto de celos odiosos, en el deseo de humillar á aquel muchacho y de hacerle sufrir.

Sin embargo, las cadenas continuaban zumbando, las poleas rechinando y los martillazos retumbando por encima de la superficie líquida. Los barcos se balanceaban en las olas y Tomás veía en su movimiento continuo, el símbolo, la imagen de aquella inestabilidad de espíritu que le impedía fijar su decisión y tomar un partido definitivo. ¡Qué triste destino era el suyo!

El capataz de los trabajos, un campesino pequeño, de barba pequeña y puntiaguda, de ojos encendidos en una faz terrosa y rugosa, se aproximó á él y pronunció con voz particularmente límpida, aunque baja:

—Todo está dispuesto, Tomás Ignatitch, todo está en orden... Se podría comenzar con la ayuda de Dios.

—Empieza, le respondió Tomás dulcemente.

Y apartó su mirada de la penetrante del campesino.

—¡Con la gracia de Dios! dijo el capataz, irguiéndose y abotonando su traje.

Acto seguido, inspeccionó minuciosamente los andamios erigidos en dos barcos que estaban para-

lelos, á unos diez metros uno de otro, y gritó de repente:

—A vuestros sitios, hijos míos.

Los campesinos se pusieron en fila por grupos á lo largo de las bordas. Las conversaciones cesaron. Algunos se encaramaron con destreza en la cima de los mástiles, esperando órdenes sin rechistar.

—¡Oído, hijos míos! resonó la voz del capataz, tranquila y clara. ¿Está todo bien arreglado?... Cuando una mujer da á luz... no es ya hora de coser una camisa... ¡Ea! ¡roguemos á Dios!

Tiró su gorra al suelo, levantó los ojos al cielo y empezó á santiguarse con fervor. Acto seguido, todos los campesinos, levantando la cabeza hacia el cielo cubierto de nubes, hicieron la señal de la cruz con amplios gestos. Algunos rezaban en alta voz y un murmullo confuso mezclóse al batir de las ondas.

—¡Señor, bendecidnos!.. ¡Virgen santa!... ¡San Nicolás!

Tomás escuchaba aquellas invocaciones que como piedras caían en su pecho. Todos se habían descubierto, él solo había olvidado quitarse la gorra; y el capataz le dijo, una vez terminada su plegaria, con tono incisivo:

—Deberíais vos también pedir al Señor...

—Ocúpate de tus asuntos... tú no tienes que enseñarme á mí nada, le replicó Tomás, con una mirada terrible.

Cuanto más avanzaban las obras, más avergonzado estaba de sentirse inútil entre aquellas gentes tan seguras de sus fuerzas, dispuestas á levantar por sí millones de kilogramos del fondo del río. Deseaba que las obras fracasasen para gozarse en su confusión y un pensamiento criminal atravesó su cerebro.

«Las cadenas se romperán, quizás».

—¡Atención, hijos míos! gritaba el capataz. Ha-

pezad todos á un mismo tiempo... ¡Que Dios nos bendiga!

Y dando una palmada, exhaló un grito estridente:

—¡Vamos!

Los obreros oyeron el grito y lo repitieron en coro, con vigor:

—¡Vamos! ¡Adelante!

Las poleas gemían y rechinaban; las cadenas, tirantes por los pesos que levantaban, tenían cruji-dos sonoros y los obreros apoyando su pecho en las barras, gruñían y pisoteaban pesadamente en el puente. Las ondas, celosas por guardar su presa, se agitaban furiosas entre los dos barcos.

Tomás veía á su alrededor las cadenas, las cuerdas y los cables atirantarse y vibrar bajo el esfuerzo de su tensión; las cadenas se arrollaban á sus pies, á lo largo del barco, semejantes á inmensas serpientes grises, después se elevaban, eslabón por eslabón, y volvían á caer en seguida como un desprendimiento de bronce; pero los gritos ensordecedores de los obreros apagaban los demás ruidos.

—¡Adelante! ¡adelante! ¡adelante!... ¡Andemos! cantaban en coro, con tono casi solemne.

Y en este tumulto confuso de voces, la palabra estridente y afilada del capataz se hundía como un cuchillo en el pan.

—¡Hijos míos, todos á una!

Entonces un deseo extraño se apoderó de Tomás: el de asociarse íntimamente á todo este concierto, á este ruido de caos, á estos aullidos formidables, amplios y potentes como el río, al enervante rechin-ar, al gemir, al batir furioso de las ondas. La violencia de este deseo le hacía sudar. Se destacó bruscamente del mástil y en unos cuantos saltos llegóse al cabrestante, pálido de emoción.

—¡Todos á un tiempo! aulló con voz salvaje.

Dió de bruces contra la barra, sin percibirse de la rudeza del choque y se puso á trabajar con los demás gritando y arqueándose con vigor sobre sus plantas. Sentía que una ola cálida y benéfica penetraba en su pecho y reparaba las fuerzas que dispendiaba. Su alegría sin límites se expresaba en gritos salvajes. No veía á nadie. El solo, hacía dar vueltas al torno y sus grandes fuerzas aumentaban más y más. Encorvado, la cabeza baja, se parecía á un toro, embestia á aquella resistencia que cedía ante él, lentamente, á cada uno de sus pasos, al mismo tiempo que le empujaba hacia atrás. Cada pie de terreno ganado, le excitaba más y más, cada esfuerzo se reconstituía por una nueva oleada de orgullo indomable y febril. La cabeza le daba vueltas, sus ojos estaban inyectados en sangre, no veía nada y sólo sentía que un obstáculo formidable le interceptaba el camino, que le vencía, que iba á salir victorioso y que entonces podría respirar libremente á plenos pulmones, en un delirio de altivez dichosa.

Era la primera vez de su vida que experimentaba un sentimiento tan violento y, con su alma hambrienta y ávida, se emborrachaba, se deleitaba en ello y exhalaba su alegría gritando al unísono con los demás cual una tocata guerrera.

—¡Ah!... ¡hiss!... ¡ah!... ¡hiss!

—¡Parad!... ¡Apretad! ¡parad, hijos míos!...

Tomás recibió un choque en el pecho y fué despedido con violencia.

—Os felicito, Tomás Ignatitch, del éxito final, decía el capataz, radiante de alegría. ¡Dios sea loado! Debéis estar fatigado.

La brisa glacial soplabá en pleno rostro. Un jaleo alegre y adulador se elevaba alrededor de Tomás. Los obreros le rodeaban, con sonrisas afectuosas sobre sus rostros sudorosos, empujándose alegremente. El los contemplaba sonriente é indeciso:

su agitación no se había aún disipado y le impedía comprender lo que les ponía tan contentos.

—Cerca de tres millones y medio de kilogramos, que se han sacado de la tierra con la misma facilidad que un rábano, decía una voz. El patrón debería convidarnos á beber.

De pie sobre el montón de cuerdas, Tomás miraba por encima de las cabezas de los obreros. Entre los dos barcos se percibía ahora un tercero, negro, enlodado, destrozado, liado profusamente de cadenas. Estaba como encorvado, como atacado de atroz enfermedad y allí, suspendido entre sus dos compañeros, se veía deforme é impotente, apoyándose sobre ellos. En medio del puente se erguía tristemente un mástil roto, cubierto de manchas mohosas y á lo largo corrían delgados hilillos de agua rojiza, parecida á sangre. El puente estaba lleno de una porción de hierros, de troncos de madera picada, negros y viscosos, de cuerdas...

—¿Lo han sacado? preguntó Tomás, no sabiendo qué decir en presencia de aquella masa informe y pesada y sintiéndose de nuevo ofendido al pensar que era para sacar á flor de agua aquel monstruo, sucio y desbaratado, para lo que su corazón había latido en su pecho y que había experimentado aquella explosión de alegría. ¿Cómo está? se informó vagamente, volviéndose hacia el capataz.

—No está mal, le dijo éste.

Y añadió como si hubiese querido consolarle:

—Es menester descargarle en seguida y poner una veintena de carpinteros y pronto tendrá otro aspecto.

El muchacho rubio se había aproximado á Tomás y le decía con franca sonrisa:

—¿No convidaréis á aguardiente? ¿eh?

—¡Eso no corre prisa! le dijo severamente el capataz.

—Ya ves que estamos cansados...

Entonces de todos lados partieron exclamaciones:

—¡Cómo no estar fatigados!

—¡Como que no es una pavesal

—¡Cuando no se tiene la costumbre, bien seguro que se cansa uno!

—Cuando no se tiene la costumbre, se cansa uno hasta de comer la sopa...

—Yo no estoy cansado, declaró Tomás sombrío.

Y las observaciones siguieron en aumento, mientras los campesinos se le aproximaban.

—¡Ciertamente! cuando el trabajo agrada, no es penoso de ningún modo...

—Este es un juego...

—Esto no cansa más que el acariciar á una mujer...

El muchacho rubio era él solo el que mantenía su idea. Imploraba, sonriente y suspirando:

—¡Excelentísimo! ¡Convidanos á vino!...

Tomás miró todos estos rostros barbudos, apiñados á su alrededor y experimentó el deseo de decirles algo insultante. Pero sus ideas estaban de tal modo confusas, que no encontró nada y concluyó por gritar con cólera, sin darse cuenta de sus palabras:

—¡No pensáis más pue en beber! Lo demás no os importa. Deberíais preguntaros por qué.

La estupefacción se pintó en todos los rostros. Aquellos seres barbudos, azules y rojos, suspiraron, se rascaron, perdiendo el equilibrio de sus cuerpos, apoyándose en uno y otro pie. Algunos arrojaron á Tomás miradas desconcertadas y le volvieron la espalda.

—¡Sí, suspiró el capataz, eso sería muy bueno! Quiero decir que es bueno saber el por qué y cómo cada cosa se hace... Es una palabra... llena de sentido...

El muchacho rubio, testarudo, hizo un gesto con la mano y dijo con sonrisa dulce:

—Nosotros no tenemos tiempo de reflexionar en el trabajo. Cuando se tiene se le da fin. Nuestro asunto es bien sencillo: un rublo ganado, ¡Dios sea loado! Somos capaces de hacerlo todo...

—¿Y sabes tú lo que debes hacer? preguntó Tomás, á quien estas contradicciones exasperaban.

—Sí, todo. . esto, aquello...

—¿Y el resultado?

—El resultado es siempre el mismo para nosotros... el pan y las imposiciones, cuando se ha ganado... se vive, Si resultan algunos céntimos de más, se bebe.

—¡Pero! ¡oye! exclamó Tomás lleno de desprecio. ¿Para qué hablas? ¿Qué entiendes tú?

—¿Está en nosotros comprender? dijo el muchacho rubio moviendo la cabeza.

Aquellas razones de Tomás empezaban á agriarle; creía comprender que era para no darles de beber y se irritaba un poco.

—¡Tú vé! dijo Tomás con tono doctoral, encantado de que el chico cediese y sin notar las miradas burlonas y taimadas de los campesinos. El que comprende se dá cuenta de que debe trabajar en una obra eterna para una obra de la que pueda decirse mil años transcurridos: «Los campesinos de Bagorodsk lo hicieron». Sí.

El muchacho rubio miró admirado á Tomás y preguntó:

—¿Y si para ello nos hiciese falta beber todo el Volga?

Y soltó una carcajada, movió la cabeza y declaró:

—¡No podríamos, estallaríamos!

Estas palabras confundieron á Tomás. Miró á su alrededor; los campesinos sonreían desdeñosamen-

te y con sorna... Y aquellas sonrisas le picaron como agujas...

Un campesino grave, con una gran barba gris que hasta entonces no había abierto la boca, se decidió á hablar. Se aproximó á Tomás y pronunció lentamente:

—Aunque bebiesemos el Volga hasta la última gota y comiésemos aquella montaña... se olvidaría ¡Excelentísimo! Todo se olvida... La vida es larga... No nos es dado á nosotros hacer tales trabajos... ¡Los andamiajes, este es nuestro cometido!

Y escupió á sus pies, alejándose con indiferencia y perdiéndose en la muchedumbre. Sus palabras desconcertaron á Tomás; se sentía tonto y ridículo á los ojos de los campesinos. Entonces para salvar su prestigio de patrón y atraer de nuevo su atención, se irguió é hinchando cómicamente sus mejillas, declaró con énfasis:

—¡Os pago tres cubos de aguardiente!

Los discursos más cortos son siempre los más apreciados y producen las mayores sensaciones. En el acto los campesinos se disiparon respetuosamente ante Tomás, saludándole por lo bajo, con alegres y reconocidas sonrisas y dándole las gracias por su generosidad.

—Conducidme á tierra, dijo Tomás, dándose cuenta que la excitación ficticia que le sostenía no duraría.

Un gusano le roía el corazón; se sentía muy triste.

—¡Me aburro! dijo, entrando en la cabaña donde Sacha, vestida con un vestido rosa, elegante, se movía alrededor de la mesa, disponiendo los vinos y los entremeses.

—¡Me aburro, Alejandra! ¿No puedes tú hacer nada por mí, ¿eh?

Ella le miró atentamente, después se sentó á su lado y dijo:

—Si te aburres, es porque deseas algo... ¿qué te hace falta.

—¡No sé! le respondió él moviendo la cabeza melancólicamente.

—Pero medita, busca...

—No sé pensar... mis pensamientos no me conducen á nada...

—¡Ah! ¡Niño! pronunció Sacha quedo y con tono lleno de desprecio.

Se alejó y añadió:

—No te sirve para nada la cabeza.

Tomás no vió el tono con que fueron dichas aquellas palabras y no notó su movimiento de repulsión. Con los dos brazos apoyados en el banco en que se hallaba sentado y el cuerpo inclinado hacia adelante, miraba al suelo y hablaba y hablaba balanceando el busto:

—Pienso á veces, pienso... y los pensamientos se posan agrupados en mi alma, como moscas en li-ga... Después bruscamente, todo se desvanece, desaparece como por encanto y el alma queda vacía, negra y glacial como una cueva... ¡nada subsiste! Eso hace temblar... como si no se fuese hombre, sino un abismo sin fondo... ¿Qué me falta?

Se calló, pensativo. Sacha se levantó del banco y dió la vuelta á la cabaña mordiendo los labios. Después se detuvo delante de él, levantó los brazos por encima de su cabeza y dijo:

—¿Entiendes? Voy á dejarte...

—¿Para ir adónde? preguntó Tomás sin levantar la cabeza.

—No sé, me es igual...

—¿Y para qué?

—Dices tonterías... Me aburro contigo... Engendras la melancolía...

Tomás levantó la cabeza y la contempló con una sonrisa afligida:

—¡Vamos! ¿pero es posible?

—¡Positivo! Si me pongo á pensar, comprendería el sentido de tus palabras y su razón... Soy de tu especie... pensaría cuando llegaría mi hora... Y perecería... Pero aún es demasiado pronto... No, aun quiero vivir... y después venga lo que venga.

—¿Y yo? ¿Debo perecer también? preguntó Tomás indiferente y como fatigado.

—¡Ya lo creo! respondió Sacha con calma y seguridad. Gentes como tú perecen siempre... Cual puede ser la vida de aquel cuyo carácter no se doblega y que no tiene talento? Este es precisamente nuestro caso.

—Yo no tengo carácter, dijo Tomás estirándose. Y añadió después de algunos segundos de silencio: ni talento.

Algunos minutos transcurrieron, durante los cuales miráronse mutuamente; ninguno se habló.

—¿Y bien, qué vamos á hacer? preguntó Tomás:

—Es menester comer.

—No, pero en general. ¡Después!

—¿Después? No sé...

—Así es que tú me dejas... ¿estás decidida?

—Te dejo... pero divirtámonos primero una última vez. Vamos á Kazán y hagamos allí una orgía como no se haya visto igual. Enterraremos nuestros amores.

—¡Es factible! respondió Tomás. Y asimismo es lo indicado para despedirnos... ¡Qué diablo! ¡Existencia alegre! Dí, Sacha, se dice de vosotras, cortesanas, que sois ávidas de dinero y aun ladronas...

—Deja decir, replicó Sacha sin conmoverse...

—¿No te disgusta eso? interrogó Tomás con curiosidad. Apesar de ello, tú no eres avariciosa... tú sacarías provecho quedándote conmigo... soy rico y me dejas... luego, no te importa el dinero...

—¿A mí?

Sacha reflexionó y dijo con gesto indiferente:

—¡Quizás! ¿pero qué te importa? Aún no he caído

tan baja... como las que llaman á los transeúntes en la calle... ¿Quién puede ofenderme? Todo se puede decir... Lo que el mundo cuenta tiene menos importancia que el mugido de una vaca... La honradez, la virtud humana, las conozco bien... ¡y tanto! ¡Si yo fuese juez; no absolvería más que á los muertos!

Y Sacha soltó una carcajada granuja; después dijo bruscamente:

—Basta de tonterías... ¡Vamos á la mesa!

Al día siguiente por la mañana, Tomás y Sacha, se encontraban codo con codo sobre el puente del barco en el momento en que daba vista á Ustíé. Todas las miradas se dirigían á Sacha, cubierta con un enorme sombrero negro, levantado de un lado y guarnecido de plumas blancas. Tomás estaba muy contrariado y sentía deslizarse sobre su rostro mil miradas curiosas. El barco silbaba y se movía, colocándose á lo largo del muelle lleno de una muchedumbre abigarrada, vestida de claras vestimentas de verano. Parecía á Tomás, que entre todos estos rostros tan varios, apercibía uno que le era familiar, pero que se disimulaba entre los otros, sin dejar de perseguirle con la mirada.

—Bajemos á nuestro camarote, dijo á su compañera, muy inquieto.

—¡Es muy feo el ocultar los pecados! dijo burlescamente Sacha. ¿Has apercibido á alguno de tus amigos?

—¡Hum!... sí... alguien que me acecha...

—¿Una nodriza con un biberón? ¡jal! ¡jal!...

—¡Ah! He ahí que te has errado ahora, le dijo Tomás echándole una ojeada feroz. ¿Crees que tengo miedo?

—¡Oh! Veo bien tu valor...

—Lo verás... No temo á nadie, dijo Tomás con cólera.

Pero, examinando atentamente á la muchedum-

bre del muelle, cambió de fisonomía y añadió dulcemente:

—Es mi padrino...

Contra el parapeto, entre dos enormes mujeres, Jacob Tarasovitch agitaba su gorra con una cortesía pèrfida y elevaba por encima su rostro de cuadro antiguo. Su barbilla temblaba, su frente calva relucía al sol y sus ojillos, como dos barrenas, traspasaban á Tomás.

—¡Qué buitre! murmuraba Tomás, devolviendo á su padrino su saludo y agitando su gorra en el aire.

Este saludo puso á Maiakin en el colmo de la alegría, pues el viejo se retorció, pisoteaba, y su rostro radiaba con sonrisa diabólica.

—¡El muchachito será castigado! decía Sacha buscando excitar á Tomás.

Estas palabras, unidas á la sonrisa de su padrino, encendieron en el pecho de Tomás un fuego ardiente.

—Vamos á ver lo que sucede, gruñó entre dientes.

Y quedóse de repente en calma de mal agüero.

El barco se detenía. Los pasajeros se reunieron en el muelle y Tomás había perdido de vista á Maiakin algunos momentos, cuando este surgió de repente entre la muchedumbre, frente á él, con una sonrisa burlona y triunfante. Tomás, con las cejas arqueadas, la mirada fija, se dirigió hacia él, franqueando lentamente la pasarela. Empujado, apretado y estrujado, lo que le ponía furioso, concluyó por encontrarse frente á frente con su padrino, que le recibió con un saludo gracioso y le preguntó:

—¿Dónde os dirigíais, Tomás Ignatitch?

—Voy á mis asuntos, le respondió Tomás muy tranquilo y sin devolverle el saludo.

—¡Mi enhorabuena, señor! replicó Jacob Taraso-

vitch radiante. ¿Y esta señora de plumas se puede saber quién es?

—Es mi querida, declaró Tomás muy alto y sin bajar los ojos, bajo la mirada de su padrino.

Detrás de él, por encima de su hombro, Sacha examinaba sin emocionarse al pequeño viejo, cuya cabeza no llegaba á la barba de su amante. El público, al que la frase pronunciada por Tomás había atraído, les miraba, prometiéndose un escándalo. Con el genio belicoso de su ahijado, Maiakin temió una asomada. Agitó sus arrugas, movió los labios y dijo conciliador:

—Tengo que hablarte... Ven conmigo al hotel...

—Iré si no está muy lejos...

—¿No tienes tiempo? Adivino... tienes prisa para volver á echar á pique otro barco, exclamó el viejo que no podía contenerse.

—¿Por qué no? ¡bello espectáculo! replicó Tomás picado en lo vivo y guardando siempre su sangre fría.

—¡Ya lo creo! Como no eres tú quien ha ganado el dinero, no debes ahorrarlo. Vamos ven... ¿Y no se podría... tirar á la dama al río durante unos minutos? dijo con dulzura.

—Vete al hotel Sacha, toma un cuarto en la *Posada de Siberia*; pronto iré contigo, dijo Tomás.

Después, volviéndose hacia Maiakin, declaró con tono decidido:

—Estoy á vuestras órdenes... Partamos...

Los dos marcharon en silencio hacia el hotel.

Tomás veía que para no quedarse atrás su padrino se veía obligado á correr; alargó más aún el paso. Por esta falta de miras, trataba de entretenir y estimular el espíritu belicoso que se agitaba en él:

—¡Camarero! llamó con voz dulce Maiakin entrando en el restaurant del hotel y dirigiéndose al

ridcón más alejado. Traiga una botella de kwas..

—Y cogíac para mí, ordenó Tomás.

—¡Eso es! Cuando se tiene un mal juego, se empieza siempre por lo más comprometido, exclamó Maiakín con sorna.

—Vos no conocéis mi juego, replicó Tomás sentándose ante la mesa.

—¡Vamos! Hay tantos que juegan así...

—¿Cómo?

—Como tú... con audacia, pero sin inteligencia.

—¡Juego mi juego de tal modo que mi cabeza ó el muro se partiría! exclamó Tomás fogosamente, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¿Aún sigues borracho? preguntó Maikín sonriente.

Tomás se arrellanó en su silla y con el rostro alterado por la cólera, dijo:

—¡Padrino! Sois hombre inteligente; tengo una profunda deferencia por vuestro talento...

—Mil gracias, hijo, dijo Maiakín inclinándose y levantándose de su sitio, las dos manos apoyadas sobre la mesa.

—De nada... quiero decir que ya no tengo veinte años... Ya do soy un niño...

—Te creo... ¡Tienes ya una edad respetable! Mira, si un mosquito hubiese vivido tanto tiempo como tú, apuesto que sería más grande que una gallina...

—¡Basta de bromas! dijo Tomás cortándole la palabra, y pronunció estas palabras con tal calma, que Maiakín tembló y sus arrugas se pronunciaron con inquietud.

—¿Para qué habéis venido aquí? preguntó Tomás.

—Has hecho tantas locuras, que vengo á ver lo que hay de verdad. Somos algo parientes y tú no tienes á nadie más que á mí...

—Habéis hecho mal en molestaros... ¿Sabéis, pa-

drino?... Dejadme en completa libertad ó bien encargaos de todos mis asuntos... ¡Cogedlo todo! ¡Hasta el último céntimo!

Esta proposición vino de un modo completamente inesperado, aún para Tomás mismo: nunca tal idea se le había ocurrido. Pero cuando acababa de pronunciar tales frases, comprendió de repente que en ello consistía su salud y que si su padrino consentía en despojarle de toda su fortuna, sería hombre libre, podría ir á donde bien le pareciera y hacer lo que quisiera. Hasta entonces había permanecido liado y embarazado, pero no conocía sus trabas y no podía atacarlas ¡y he aquí que iban á caer solas y sin ninguna dificultad! Una esperanza inquieta y alegre se despertó en su alma. Era como un rayo de luz que entraba en su vida tan brumosa y le hacía ver un camino amplio y espacioso... Su cerebro creaba imagenes vagas y siguiéndolas en las diferentes fases de su aparición hasta el momento en que desaparecían. Tomás balbuceaba frases apenas comprensibles.

—Eso es lo que será mejor... ¡Tomadlo todo y que se concluya esto! ¡Yo podría ir á mi antojo! No puedo vivir así... como si me hubiesen puesto pesos en los miembros... ó liado con cuerdas. «No hagas esto, no vayas por ahí»... Quiero vivir libremente... ser mi solo dueño... Buscaré mi senda... ¿Qué soy ahora? un prisionero.. Os lo suplico... tomad, tomad... que todo vaya al diablo. Libradme de ello, os lo suplico. ¿Qué traficante soy yo? No valgo para eso... mientras que si vos me escucháseis... yo dejaría el mundo... todo... Encontraría algo... trabajo... ¡os lo juro! ¡Papá! ¡devolvedme mi libertad! Ved, bebo, estoy liado con una mujer...

Maiakín le miraba con atención, seguía sus palabras, pero su rostro permanecía frío y no acusaba ninguna emoción,